

Consagración sin duda, pero enigmática, por la simple razón que no fue seguida en los decenios siguientes por algún tipo de texto o estudio que lo objetase (la crítica es una forma de homenaje), lo renovase o lo prolongase. Sin embargo, hay que admitir que la obra de Basadre, por su impar desmesura, es en sí misma un reto. Estamos hablando de un autor con sucesivas ediciones de una *Historia de la República*, que habiendo arrancado en 1938, llegará en 1980 a los 16 volúmenes, obra incesantemente ampliada y revisada y sin contar fuentes y ensayos testimoniales, todo lo cual provoca, obviamente, un apabullante escalofrío en cualquiera que pretenda la más mínima aproximación crítica. Paradojalmente, un legado de tales proporciones, por su vastedad, constituye en nuestro medio más bien una desventaja póstuma. La crítica de Basadre, ¿de cual de ellos? ¿Antes o después de 1958? ¿El historiador, el ensayista, el lector del pasado peruano o el de la apuesta al porvenir, «la promesa»? Para colmo, como si la extensísima obra fuese poco, mucho trata de él mismo, hay sobreabundancia de sus pasos en ensayo de corte testimonial, y como lo señala Augusto Salazar Bondy, ricos en preocupaciones metodológicas sobre el conocimiento, la historia, el oficio mismo de historiador. Basadre lector de Basadre.

Pese a lo dicho, viene a ocupar en nuestro Olimpo nacional un lugar o sitio bien particular. Me refiero al consenso que su obra y libros provoca, una playa de coincidencias, aunque Heraclio Bonilla se atreviera a discutirlo por los años setenta. Su legado, tan extenso y minucioso, parece servir a todos, a conservadores y reformadores, a diversos tipos de historiadores e historias particulares, en general, a las ciencias sociales. ¿Quién no acude, sea cual fuese su postura, a la consulta de los volúmenes de la *Historia de la República*? Por ahí dice Pons Muzzo que lo suyo «es

Jorge Basadre

«EL INTELLECTUAL SOCIALMENTE LIBRE»

Hugo Neira

Jorge Basadre en vida fue apreciado como un personaje de «incansable y silenciosa labor». Conviene comenzar con esta cita significativa, se trata de la idea maestra en el artículo que Alberto Flores Galindo publica en El Caballo Rojo suplemento de El Diario de Marka por los ochenta, reconociéndole, dicho sea de paso, como «el historiador de la República». ¿Qué podemos añadir a veinte o más años después?

meritorio aporte». Aquí comienza el calvario. ¿Y los ensayos? Ya estamos viendo que se le reduce a un meritorio papel de erudito, cuando en los ensayos por polémicos, estaba el Basadre historiador. Por lo demás, los consensos fuera de la política, donde son indispensables, sin los cuales la vida pública solo sería una forma de la guerra civil, son siempre sospechosos. No hay consenso posible ni con Platon ni con Nietzsche, no veo porque lo tendría que haber con Basadre. Tan extraña coincidencia en los campos del pensar, esconde algo, o un malentendido, o una pereza o un agravio. Como pensador no provocó fidelidades dogmáticas, tampoco le acom-

pañía el esplendor trágico del suicidio como a Arguedas, y si se compara la bibliografía en torno a uno y otro, el resultado es en su desmedro.

El trato dado a Basadre, a su propuesta, lo confieso, me desvela. Así, para esta nota, he releído gran parte de lo escrito, desde Augusto Salazar Bondy a la mencionada de Alberto Flores Galindo, y con la excepción acaso de Lecaros, que lo admira, lo que he encontrado es deferencia. Ahora bien ¿que es la deferencia? Es amabilidad, es atención que se tiene para con quien no se compartan ideas aunque se le reserve un lugar preferente. (Diccionario de María Moliner) Tras esa actitud hubo muchas cosas.

Por otro lado, desde la izquierda o la revolución, la idea tácita o explícita del historiador como acarreador de datos, los intérpretes son otros, los ideólogos. Por otro lado, desde el conservadurismo, la idea de una historiografía positiva, vale decir, atendida a las fuentes, la reconstrucción del pasado, la objetividad, una concepción formal y erudita que se remonta al XVIII y en gran parte, a los métodos heurísticos de crítica documental desarrollados en el siglo XIX.

Basadre desacomoda ambas versiones, pues las mezcla, las confunde. Es por igual el erudito y el hermeneúico. Su preocupación por cierto tipo de archivos, de que es lo que le pa-

rece un dato histórico, ya es una confesión de sus intenciones: el estudio de las instituciones, el perfil de los caudillos, el centralismo, la oligarquía, o el estudio de la mentalidad a través de capítulos que consagró no sólo a las derivas políticas, a nuestras sucesivas frustraciones sino al periodismo, los refranes, las modas teatrales, la mujer, el arte de Sabogal y las pampas y valles del Perú. Por eso Porras, en *Fuentes históricas peruanas*, lo califica doblemente, como obra de investigación y crítica. Lo uno y lo otro. Pero esa es la opinión de un hombre de su generación, con un destino que tampoco escapó al cerco limeño de sospechas y malentendidos. Un juicio abierto y favorable que no fue unánimemente compartido, al contrario.

Fernando Lecaros distingue en su vida y obra tres períodos. Creo que es una periodificación atinada y a ella me atengo (*El joven Basadre*, 1983). La primera, de 1903 a 1931, es decir, de la infancia tacneña y el pasaje por San Marcos a los primeros ensayos. Luego, de 1931, es decir, el viaje a Europa, la estadía tan valiosa en Alemania y en España, todo lo cual acaba en 1958. ¿Por que ese año? Al parecer, recibe entonces un apoyo decisivo venido del exterior y se dedica hasta la muerte a culminar su obra, tema que abordaré más adelante. Quisiera de inmediato llamar la atención sobre la extraordinaria paradoja de los años sesenta, dado el campo simbólico que ocupan los historiadores en la formación de nuestros criterios individuales y colectivos, en la percepción por parte de los peruanos de su país, el mundo, y de ellos mismos. Pues bien, en los sesenta muere Raúl Porras y Basadre, el gran historiador, prácticamente se vuelve un exiliado del interior, alguien que no estaba ni en el extranjero ni en cátedra alguna, sino en su casa de la avenida Orrantía, trabajando. ¿Por qué se aisló? No quiero decir que dejara de ser el hombre afable y asequible que conocimos, de



➔ innumerables consultas personales y fácil para dar entrevistas. Su alejamiento fue del mundo del poder y universitario, acaso por una cierta timidez, y es verdad que sus experiencias de político fueron cortas, en los treinta una declaración de socialismo, una prisión, el alejamiento. En cortos momentos, director de la Biblioteca Nacional, o ocasional ministro. Tampoco le apasionaba ser autoridad en las universidades. Pero igual, el investigador de los últimos años, acaso el más lúcido, no tuvo entonces cátedra. No lo tuvimos de profesor, acaso de amigo, para consultarle, pero no entraré en la confidencia. Esta radical ausencia de Basadre en parte se explica, no se justifica, por el radicalismo universitario de los años setenta que ha descrito tan claramente Nicolás Lynch y que no le dejaba campo alguno, por mucho que hubiera sido amigo de Mariátegui. Para los jóvenes rojos, «aislados en un submundo propio» (Lynch, p. 17), lo que estaba claro era el fracaso de los proyectos, de todos. Ciertamente encarados dos temas candentes, el socialismo, «demorará, sufrirá derrotas y traiciones, pero vendrá».

También el de la identidad peruana, aunque de modo elusivo, «el Perú no está arquitecturado definitivamente» (en *Presente*, 1930). Ninguna de estas definiciones era rotunda. No se ve cómo, en el fervor ideológico de esos años, podía tener docencia. Se le leía mucho, pero repito, como un historiador que permitía, por su acumulada información, nutrir el vuelo del cóndor de los sectarismos triunfantes.

La forma agravada de la deferencia es la condescendencia, es decir, cuando se alterna con alguien de situación más modesta. Voy a decir lo que pienso, aun a riesgo. Ese es el caso de «Las conversaciones» de Pablo Macera con Basadre, publicadas por Mosca Azul en 1979. Es aquel un gran libro, un gran testimonio, al que habrá que volver cuan-

do se haga la historia intelectual del Perú. En él, Macera tiene el coraje intelectual de dialogar con quien en ese momento es considerado un historiador meritorio pero conservador, y en el mejor de los casos, «un progresista». En ese diálogo, Macera es la figura central, el que sabe adónde va el proceso histórico, son los años de pleno auge de la izquierda, y Pablo está en el zenit de su leyenda, lejos todos de sospechar el fin de la Unión Soviética, la crisis del marxismo y el fin de las certezas. Leyéndolos de nuevo, la memoria visual me traiciona y vuelvo a ver lo que vi en la Biblioteca del Escorial, la alegoría de la Teología servida por las artes liberales. Como en tiempos de tinieblas, en el Perú de mediados del siglo vein-

eso. Una forma muy particular de radicalidad, que no se entendió en su momento.

¿Hoy la lectura de Basadre podría ser distinta? Tal vez sí, a eso apuntan estas modestas líneas, en el postfujimorismo, cuando el criminal es el personaje político de nuestro fin de siglo. Creo que hoy, después de la mafia en el poder, resulta claro a que aludía con la promesa de una República: el fin de una ciudadanía defectuosa, de la democracia incivil, y la necesidad de procurarse conductas cívicas sin las cuales todo progreso es infecundo o imposible. Es eso lo que quiso decir. No es que le faltara lo que llama Osmar Gonzáles para el caso de otros intelectuales, «el paradigma de la radicalidad». Lo tuvo,

“Maestro en el arte de pasar de la historia narrativa a la genética, la de las causas, estudiaba personajes como grupos, la nobleza colonial, el militarismo, el clero”.

pero en una menos fundada en la captura del poder y más en un proyecto jurídico-filosófico y moral. Otra petición de principios, porque había en Basadre historiador una fuerte tensión de temas filosóficos vinculados a su concepción del quehacer histórico que provenía de su formación en el historicismo alemán, de las clases que escuchó en Berlín en la Freie Universität de Friedrich Meinecke, partidario de una «idea del mundo histórico», como conciencia actuante, superando las barreras entre historia material y espiritual. Una lección que asimiló admirablemente, y que confiesa (en *La vida y la historia*, 1975, p. 452).

En comparación con la abrumadora obra crítica que nos ha dejado, que es crítica del Estado como de las costumbres políticas, resulta igualmente asombrosa la ausencia de reflexiones en torno a su legado, aunque *Libros & Artes* ya haya abierto otro camino, me refiero obviamente a los trabajos precedentes de Nelson Manrique y José Carlos Ballón. Para prose-

lítica peruana». El origen externo de esa financiación podría llenar de sonrojo en los años precedentes, hoy no. Esto explica parte de su autonomía, sin duda no toda, venía comportándose como un intelectual según la condición esencial reclamada por Karl Mannheim, como un miembro peruano de la «freischwebende Intelligenz», es decir, la inteligencia sin ataduras. Sinesio Lopez, en un trabajo sobre los intelectuales se preguntaba si podía haber entre nosotros «ese grupo dedicado a la producción de conocimientos, con cierta autonomía frente a las clases sociales, a los partidos y al Estado». Pues bien, Sinesio, si no un grupo, un caso aislado, Basadre. Dicho esto, se entiende mejor su autonomía ante todo tipo de particularismo, el lugar desde el que pudo concebir entonces, esa visión del Perú «como una unidad en el tiempo y una totalidad en el espacio». Y esa promesa de civilización que viene desde los Incas. Esa libertad de conciencia la usó sin límites, como en sus rectificaciones a «Perú, proble-

ma y posibilidad», en los que ya mayor y considerado como un conservador se explaya en su renovada lectura de Marx, el de los *Grundrisse*, para releer los Incas desde el modo de producción asiático; sus notas sobre Inmanuel Wallerstein sobre los orígenes del capitalismo mundial, el feudalismo y la expansión ultramarina de Europa, ampliando el panorama desde lo universal para mejor situar la conquista y el vandalismo de Cajamarca. Es un libre intelectual el que se permite reexaminar las características económicas de la sociedad colonial, proponer una historia del Estado peruano a la par que una del pueblo peruano, sin olvidarse de regresar sobre el carisma de Piérola, las clases sociales, la dependencia, de nuevo Leguía y el leguismo, e incluso, Jorge Vinatea Reinoso, el pintor. Entre sus recursos retóricos estuvo el arte de redefinir sus sujetos históricos: «los caudillos, los validos». De observar lo que se moría difícilmente, «las supervivencias coloniales». Maestro en el arte de pasar de la historia narrativa a la genética, la de las causas, estudiaba personajes como grupos, la nobleza colonial, el militarismo, el clero.

Basadre, él solo, es una escuela de pensamiento. En el hubo no un historiador sino varios, y esa iluminación de la escuela alemana, buscar la vida, los hombres, los peruanos. La última cuestión es casi innecesaria: retomó el paradigma radical de los años treinta, aunque del lado de la necesidad de la ley y del Estado de derecho. De una otra manera que tardamos en reconocer, el proyecto emancipador. No fue un liberal preocupado por su propia tradición, aunque hubo intentos por recuperarlo, ni un socialista asociado a las potencias militares y burocráticas de su tiempo. No tenemos donde ponerle. Acaso es el primer ciudadano, junto con Haya y Porras y Sánchez, de esa república de iguales que todavía no ha nacido. ■